

El poder mágico de un médico frustrado. (Cuento de Navidad).

Juan José Fernández Delgado

Confieso que la primera vez que sentí conmiseración hacia mí mismo ocurrió cuando el mundo se me ofrecía como un abanico desplegado, cuyas varillas eran sendas de futuro transitable y posible. Entonces me pregunté por qué no estudiar medicina, pero esa posibilidad duró tan sólo un instante porque: “¡Calamidad! ¿Tú estudiar medicina? ¿Tú, médico? ¿Sabes lo que dices y a lo que te expones?”, me respondí ruborizado. Al momento pensé en la rítmica circulación de la sangre por todo mi cuerpo y en su mantenida velocidad; en el rítmico bombeo del corazón, en sus sonoros latidos, que también guardan su ritmo aunque muchas veces pretendan romper la capacidad torácica por razones del bien y del mal, alegres o desagradables, y en el golpear rítmico, visible y palpable del centro de las muñecas y de las sienas... Y en algunas noches de insomnio en que me diera por pensar en la sístole y la diástole o en la laboriosa tarea del hígado fabricando triglicéridos, almacenando vitaminas y velando, también, contra la cirrosis... ¿Y por qué no suponer una noche desvelada pensando en el tarso, metatarso y otros huesecillos..., o en los riñones y su forma de habichuela. Pensé también en las trombosis ajenas, y en los sarpullidos y erupciones de cuarenta mil enfermos, y en aparatosos accidentes, y en ojos pingando, y en toda la inmundicia humana. Todo ello, y el tener que asistir a un parto, a una operación, a una autopsia o a lo que me viniera una noche de guardia en un hospital... Todo ello, digo, pudo más que mi enorme curiosidad por averiguar cómo se convierte en vida, en nosotros mismos todo lo que comemos: una naranja, por ejemplo, o un caramelo o un plato cualquiera de lentejas. También me quedará sin averiguar el proceso por el que me convierto en todo lo que como, pues he oído decir numerosas veces que, a la postre, somos lo que comemos. Así pues, me dije de manera sonora y taxativa: “¡Jamás! Tendrías que llevar un médico cosido siempre a tu sombra para que atendiera a tus vómitos y mareos y desmayos, y a tus escalofríos y sudores. Para ser médico se necesita estómago asentado y ser menos memo que tú”.

Y no es menos cierto que, desde entonces, alimento una comezón que me define como médico frustrado, y más sabiendo que muchos de esos desarreglos humanos el médico los compone y repara de forma tal que parece inverosímil la compostura, la recompostura de la cara, del tobillo, de la rótula... Además, es capaz de comerse un bocadillo de calamares acompañado de una cerveza tranquilamente un instante después de haber serrado..., de haber curado una infección supurante..., de haber puesto dieciséis alambres en una descalabradura que dejaba abierta la sesera... Ese temple del médico también lo envidio, como la destreza del banderillero.

Pero no hablemos de derrotas ni de frustraciones. Hablaré, por tanto, de que soy un médico en potencia en la medida en que el médico –la medicina- construye y reconstruye, crea y repara desperfectos humanos tan destrozados y maltrechos en numerosísimas ocasiones que parece que se ha hecho real lo imposible. Sí, cientos, miles de veces la medicina aporta soluciones, remedios rayanos en lo milagroso. Y como los ejemplos que todos conocemos se hacen innúmeros, diré que en esta realización de imposibles, en este hacer realmente real y cotidiano el milagro, me considero –soy- médico fracasado, pero también médico en potencia porque la literatura es una fábrica inagotable de urdir y entretejer sueños y esperanzas donde el desfallecimiento, la impotencia y la agonía tienen su asiento. Valga como ejemplo lo que sucedió los otros días sobre el papel blanco –digamos, sobre la *pantalla del ordenador*-, que revoloteaba en mi mesa de trabajo: un hombre había sido condenado a

muerte por actos punibles, que vaya usted a averiguar si él era el autor de los mismos, y le iban a aplicar la pena de muerte sin excusa ni dilación. Todo azuzaba en su contra. Pero la justicia de *Aldeavieja* pretendía ser benévola ante los conciudadanos y posibles votantes, por lo que concedió al reo una última oportunidad de salvar su vida eligiendo entre dos papeletas en las que debía leerse “Salvo” en una y “Condenado” en la otra. No obstante, los sicarios habían escrito CONDENADO en sendos papelines, lo que ignoraba el pueblo, aunque lo intuía. Así pues, en lo alto del patíbulo alzado en la plaza, el alguacil le ofrece las dos papeletas en una bandeja para que elija cualquiera de ellas.

-Vamos, elige una y deprisita, que espera otro parroquiano. Da igual. Esa misma.

El pueblo palpitaba en el ancho de la plaza y el jefecillo tramposo sonreiría entre bastidores. Mas, cuando el alguacil le urgía a elegir y le brindaba las dos papeletas, el reo agarró una, la mejor dobladita, y se la tragó en un instante, dejando al funcionario boquiabierto y expectante al pueblo.

-¿Qué ha hecho usted, hombre de Dios? –le pregunta el alguacil sin dar crédito a lo que apenas había visto.

-Tragarme la que he elegido, por lo que ésa –dijo señalando la que se veía sobre la bandeja-, ésa –volvió a repetir-, es la que rechazo.

Nervioso y con el pulso temblando, el señor funcionario desplegó la papeleta y pudo leer: “CONDENADO, de manera que la elegida por el reo tiene que ser la de SALVO”, añadió mirando al jefecillo que había perdido toda la color de la cara... Y así fue, pero...

Y yo, cofrade menor de ese cortejo de escritores que en el mundo son, puedo fabricar venganzas ¡hasta universales! y perdones inverosímiles logrados en el último instante del tiempo dado, colmar de heroísmo a quien hasta un momento antes se decía a sí mismo que él no podría jamás meterse entre las ráfagas racheadas del enemigo y auxiliar al compañero que había quedado malherido; puedo hacer que el rico y el avaricioso pasen hambre y que colmen las suyas, maceradas durante su mísera existencia, cuantos se integran en el enjambre de los desvalidos y desheredados, y que entre la más execrable barbarie humana –esa barbarie que hace pensar que ya no es posible una gota más-, resplandezcan actos de solidaridad y viceversa, y convertir en piltrafa humana a aquel fanfarrón que se consideraba excesivamente superior a una hormiga, y hacer callar por la mañana a quien tanto había galleado por la noche. Y muchas cosas más puedo construir y fraguar desde la posición de demiurgo en que se asienta el verdadero escritor, esa posición que ha elegido el Dador para juzgar los asuntos de los humanos.

Pero esta noche de Navidad, en esta ciudad polaca en la que la nieve cae poco a copo y la espesa niebla todo lo envuelve, haré que ocurran las casualidades más inverosímiles e inexplicables, pues hablarán todos los animales del bosque, se realizarán todos los sueños de los niños y las ingenuidades todas de la gente mayor, y ese peregrino de la vida, descarriado y sin norte como el perro machadiano, encontrará una luz entre la niebla nocturna, la puerta de la cabaña franca y una crepitante hoguera cuyo alto cuerno se confunda con el de la luna.